

No sólo no se vengó, pudiéndolo hacer, de sus enemigos, sino que rogaba por ellos de una manera especial, les hacía todo el bien que podía, los llamaba con el caritativo nombre de hermanos y hasta deseaba morir por ellos. Considerábalos como instrumentos de que se servía el Señor para hacerle más virtuoso, y en este concepto le era imposible no amarlos y no desearles todo el bien. Y á la verdad, sin que ellos lo pensasen, y contra todos sus designios é intentos, contribuyeron no poco á ensalzarle ante los ojos de Dios y de los buenos cristianos, los cuales, aunque admiraban ya las eminentes virtudes del preclaro Arzobispo, redoblaron su respeto y asombro cuando le vieron convertido en víctima inocente de los enemigos de la Iglesia. Le contemplaron en una especie de prolongado martirio sufriendo con heroica mansedumbre los muchos y variados golpes de las viles calumnias y los atrevidos insultos y amenazas de los que quisieron constituirse en tristes sucesores de los tiranos y perseguidores del Cristianismo. La veneración que inspiró el P. Claret á los católicos sensatos subió de punto al ver la resolución que tomó y siguió á la letra de no usar las armas permitidas de la defensa, ni querer que hiciesen uso de ellas sus muchos y entusiastas amigos, los cuales asistían en silencio á este espectáculo de la persecución y tiranía que sufrió el santo Prelado, á semejanza de aquellos cristianos que presenciaron el martirio del inclito y fervoroso San Ignacio, Patriarca de Alejandría. Á los que en varias ocasiones se ofrecieron á defenderle, respondía siempre el Siervo de Dios: "Dejadlos, dejadlos; yo sé lo que me conviene, lo que me aprovecha. Ellos me ayudan á ser humilde, á ser manso y paciente; ellos desbastan el madero, del cual quiere Dios que se forme una imagen semejante á la de su unigénito Hijo y Señor mío Jesucristo; ellos me hacen bien. Yo siento, á la verdad, las ofensas que con sus calumnias hacen al Señor, los escándalos que causan, y deseo que se conviertan; pero en cuanto á mí, me ayudan á conseguir el fin que me propongo, que es padecer por Dios y hacerme saño."

8. Aunque por su admirable paciencia y mansedumbre no respondía el Siervo de Dios á las necedades y sandeces de sus adversarios, los tenía tan bien conocidos, que no puedo resistir al placer de copiar el perfectísimo retrato que de ellos hace en unas notas manuscritas.

"Los impíos,—dice,—no son francos; dicen una cosa y piensan otra: son como aquellos muchachos traviosos, que tienen el punible placer de arrancar las piedras del pretil de un puente y apretarlas y empujarlas y hacerlas caer en la poza que está debajo del puente, y se complacen en el choque que dan, y en el ruido que suena y en el trastorno y agitación que causan en las apacibles y cristalinas aguas." Y explicando esta hermosa parábola, sigue diciendo: "El puente es el símbolo de la Religión, las piedras las verdades, las aguas son las gentes, y los muchachos los impíos á quienes gusta llamar la atención con los disparates que dicen. Fácilmente se arranca una piedra y se hace caer en la poza; pero difícilmente se saca, se levanta y se coloca en donde y como antes estaba... ¡Oh, cuán responsables son los impíos delante de Dios y de la sociedad! En el día hay mofadores de la Religión; quieren fingirse un Dios y una ley á su modo... en sus palabras y escritos usan de la mentira, de la sátira, de la ironía, del ridículo con que deslumbran á gente poco instruida, especialmente á jóvenes que gustan de novedades, de reir y de parecer libres.

"Los superficiales se creen grandes cuando profieren alguna cosa atrevida y nueva. Sus palabras y escritos están plagados de contradicciones, ignorancia y mala fe: se jactan de seguir la razón, y lo que hay menos en ellos es esta razón: son unos miserables filósofos, llevados de la vanidad y que tienen el corazón pervertido.

"Bolio, á pesar de ser impío, lo dice claramente: — La vanidad tiene más parte en sus disputas que la ciencia. Se imaginan ellos que las singulares y atrevidas sentencias que defienden les han de valer la reputación de espíritus grandes y de hombres de talento. Esta mala disposición, contraída por el orgullo y por la sensualidad, embota el estímulo de la educación que tuvieron en la niñez... Es un montón de cenizas que se echa sobre el fuego, que se escarba á la vista de un peligro (1)."

Estas pinceladas maestras con que pinta el P. Claret á los impíos retratan á la vez de cuerpo entero á sus enemigos, porque éstos no eran otros que los enemigos de la misma Iglesia. En 1864 acreció de tal manera la persecución que movieron contra él, que fué casi un milagro de la divina Providencia

1) Notas manuscritas del Sr. Claret.

no consiguieran su objeto, el cual no era otro que separarle del lado de la augusta señora que ceñía la corona de España. En periódicos, papeluchos, estampas y hasta en las cajas de cerillas pretendieron ridiculizarle, y apuraron, en fin, todos los resortes para que el Siervo de Dios dejara de continuar en su elevado cargo. Mas ni por éstas lograron el fin que se proponían, lo cual parece tanto más maravilloso cuanto que en este punto, dejados á un lado los torcidos intentos que movían á sus perseguidores, los deseos de éstos eran los mismos que los del celoso Prelado. Dícelo claramente él mismo en una carta dirigida á un amigo suyo de mucha confianza en 15 de Enero de 1864, al responder á la pregunta que aquél le había hecho sobre si continuaba siendo confesor de S. M. la Reina: "No he cesado aún, — escribe, — de ser confesor de S. M.; soy lo mismo que antes: lo que los periódicos publican no son sino deseos de los malos, los cuales deseos en esto están conformes con los míos. Verdad es que se halla en esta corte el señor Arzobispo de Burgos; pero no ha venido para lo que dicen los periódicos, sino para otros asuntos. „ En la misma carta, hablando de las atroces persecuciones levantadas contra él, añade: "No puede Ud. formarse idea de cuánto trabaja el infierno contra mí: calumnias las más atroces, palabras, obras, amenazas de muerte, todo lo ponen en juego para ver cómo me hacen perder la reputación y me espantan; pero con la ayuda de Dios todo lo desprecio. „

Un hecho, del cual el Sr. Arzobispo no tuvo conocimiento hasta que se hubo consumado, aumentó el encono en el ánimo de los enemigos de la Religión contra S. E. I. Siendo el Padre Claret todavía simple sacerdote había dado á luz una hoja volante con un grabado que representaba á un réprobo atormentado por tres demonios en castigo de sus depravadas costumbres. En la misma hoja hay una exhortación á todos y á cada uno de los cristianos para que, en vista de las terribles penas del infierno, dejen los vicios y abracen las virtudes, y termina con algunos propósitos de apartarse del pecado y de las ocasiones de pecar, de hacer una buena confesión, de ser devotos de María Santísima y de frecuentar los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Un chusco indiscreto, de sanas ideas, pero de imaginación muy exaltada, sin comunicar nada absolutamente al Sr. Arzobispo, cometió la imprudencia de

escribir en algunas de aquellas hojas volantes y sobre cada una de las figuras de los demonios los nombres de tres senadores de los revolucionarios más famosos, y luego metió cada hojita en su correspondiente carpeta y las envió al Congreso por el correo. La exaltación que produjo la vista de aquellas hojas es indescriptible: los aludidos y sus amigos se irritaron en extremo, y por la prensa y por otros medios dijeron las más bajas y repugnantes injurias contra el virtuoso Arzobispo, motejándole con el nombre de *P. Clarinete* y con otros más indecorosos, siendo así que el Siervo de Dios nada sabía aún de lo acaecido. Lo que entonces se dijo contra él era capaz de apurar la paciencia de un Santo, tanto más cuanto que á los ojos de los que no estaban en la trama, el fundamento para tales injurias tenía todas las apariencias de verdad. Sin duda el Señor pretendía por este medio acabar de acrisolar la heroica virtud de su Siervo, el cual, al darle algunos de sus amigos la noticia del hecho, no se inmutó ni alteró poco ni mucho, como si se tratara de una cosa que por ninguna de sus caras pudiera interesarle. Esta admirable conducta edificó sobremanera á los que presentes estaban, y entre ellos á un señor que es hoy Obispo de España, y quien nos dió la noticia.

Esa misma hoja volante había ya promovido en 1861 una ruidosa cuestión en el Congreso. El fiscal de imprenta había recogido el número de *El Clamor*, en que se reproducía esa exhortación acompañada de los comentarios que su lectura inspiró al periódico progresista, enaltecedor en otro tiempo del culto protestante. El Sr. Figuerola, *para que se leyesen aquellos comentarios, recogidos por el fiscal de imprenta*, los leyó en el Congreso, cuidando *hábilmente* de no hacer lo mismo con la *exhortación*, sin duda para que de ese modo ni aun por casualidad llegase á conocimiento del público *progresista* la doctrina evangélica expuesta en forma muy oportuna por el Arzobispo Sr. Claret. *La Regeneración* suplió esa falta en su número 110, correspondiente al 8 de Abril de 1861. El Ministro Sr. Posada Herrera, que fué el encargado de responder al diputado Figuerola, hizolo de una manera tan vil y cobarde, que á fuer de despreocupado é *instruido* á lo racionalista reputó inofensivos ciertos ataques dirigidos contra la Religión y sus ministros por el órgano neo-protestante, achacando á ignorancia y superstición del pueblo español su sus-

ceptibilidad en todo cuanto ofende más ó menos directamente los sentimientos católicos. ¡Y al Ministro que así habló y que obró mucho peor en contra de la Iglesia, acaban de levantarle los Gobiernos liberales una soberbia estatua!

9. Las logias masónicas, cuyo odio satánico á la Religión es proverbial, claro es que no podían ver con buenos ojos los triunfos que uno de los más acérrimos defensores de ella alcanzaba en la capital de España, después de los conseguidos en la Isla de Cuba; y si en Holguín armaron la mano del asesino que le hirió, en Madrid intentaron lo mismo repetidas veces para deshacerse de un rival tan temible, contra el que nada habían podido con sus calumnias ni con sus halagos. En una de sus juntas diabólicas juraron asesinar al preclaro Arzobispo, y para ejecutar el sacrilego crimen señalaron el 15 de Octubre de 1859, fiesta de Santa Teresa de Jesús; pero aquel en quien recayó la fatal suerte de clavar su puñal contra la inocente víctima, se convirtió milagrosamente momentos antes de poner por obra la inicua sentencia del tribunal masónico. He aquí cómo refiere el hecho el mismo P. Claret en sus notas reservadas: "En el día 15 de Octubre de 1859, día de Santa Teresa de Jesús, había yo de ser asesinado. El criminal entró en la iglesia de San José, calle de Alcalá, con la perversa intención de aguardar la hora de ejecutar el crimen. Entrado en la iglesia, se convirtió por intercesión del glorioso San José, como el mismo señor me lo dió á conocer. El asesino se me presentó diciéndome que era un individuo de las logias secretas y que le había caído en suerte el asesinarme, y que si no lo hacía dentro de cuarenta días, él mismo sería asesinado, como él mismo había muerto á otros que no habían cumplido su compromiso. El asesino púsose á llorar, me abrazó y me besó, y luego fué á esconderse para evitar una muerte segura por no haber cumplido su encargo." Á estos pormenores, dados por el mismo Siervo de Dios, añade el Padre Currius otro, oído también de los labios del P. Claret, y es que el masón que debía matarle á él debía hacer después otro tanto con la Reina, y que la ocasión de convertirse fué la devoción con que vió celebrar Misa á un sacerdote en la mencionada iglesia de San José (1).

(1) Declaración de D. Paladio Currius y de D. Carmelo Sala.

Cuenta el Rdo. D. Juan Serra y Camps que, estando el Sr. Claret en Madrid en su habitual residencia del Hospital de Montserrat, le pidió audiencia un señor desconocido. Fué concedida y pasó adelante hasta la habitación del mismo Prelado. Después de los primeros saludos de cortesía, y antes que el caballero hiciera ó dijera cosa alguna por la que se hiciera sospechoso, el Sr. Arzobispo le dirigió súbitamente la palabra con tono enérgico, diciendo: "Arroje Ud. ese puñal que trae escondido." Lleno de confusión el hombre desconocido al verse descubierto, confesó llanamente que era un francmasón, á quien había tocado en suerte asesinar á S. E.; y luego, arrepentido de su criminal intento y tocado de Dios por el modo maravilloso con que el P. Claret había adivinado su malvado propósito, allí mismo pidió confesión y el Siervo de Dios le oyó y absolvió de sus pecados (1).

En una ocasión recibió S. E. una carta envenenada de los Estados Unidos, y abriéndola con cautela notó un olor extraño que le puso más en guardia para evitar sus malos efectos, y así antes de abrirla enteramente la entregó á su paje para que la echara al fuego, sin que ninguno de los dos recibiera daño alguno (2).

Estando otra vez predicando en la iglesia del Hospital de Montserrat, presentóse al portero de su residencia un señor, al parecer caballeroso, que necesitaba ver con urgencia al Siervo de Dios. Fuéle respondido que se hallaba éste predicando y que después del sermón podría verle. El caballero dijo que entretanto iría á oírle, y entró, efectivamente, en la citada iglesia en ocasión en que el fervoroso Misionero, como fuera de sí, pronunciaba estas ó parecidas palabras:—"¿Admiráis el entusiasmo con que hablo de las glorias de mi Madre, María Santísima? Y ¿cómo no ha de ser así, si durante mi vida me ha sacado de muchos males, y aun ahora mismo me está librando de un gran peligro que me amenaza?,"

Concluido el sermón fué á verle el caballero, á quien habían herido como con un rayo aquellas inspiradas frases; postóse á los pies del santo Arzobispo, pidió confesión general, la que hizo con muchas lágrimas, y luego manifestó al Padre

(1) Relación del 19 de Marzo de 1881; lo mismo asegura el Hermano José Saladich, á la sazón cocinero del Sr. Arzobispo.

(2) Relación del Rdo. D. José Serra y el Hermano Saladich.

que traía la misión de asesinarle con un puñal que sacó allí mismo, por haberle tocado en suerte en la traslogia de carbonarios, á que pertenecía; mas que habiendo oído casualmente aquellas palabras, que daban á entender que leía los malos designios de su corazón, se había sentido mudado repentinamente en otro hombre y movido al arrepentimiento y á la renuncia de la malhadada secta á que pertenecía, aunque le costara la vida, pues no se le ocultaba que desde aquel instante más de cien puñales se levantarían contra él. El Siervo de Dios tratóle con mucho cariño, le consoló y animó, le ayudó á transformar su fisonomía, proporcionóle un supuesto pasaporte con distinto nombre y le aconsejó que fuera á un país extranjero, y no parando aquí su caridad señalóle de su renta una pensión que le ayudara al sustento y á los demás gastos de la vida. Preguntado después el Siervo de Dios cómo había dicho desde el púlpito aquellas frases, respondió que no recordaba haber dicho tales cosas: por donde se ve claro que el Espíritu Santo, que es perfecto escudriñador de los corazones, se las puso en la boca para convertir al mismo que se disponía á quitarle la vida (1).

Refiere el Excmo. Sr. D. Melchor Beltrán, caballero perteneciente á la nobleza con el cargo de gentilhombre del Real Palacio, á quien dirigía espiritualmente el Siervo de Dios, otra conversión no menos notable. "Hallábase, —dice,— el P. Claret en el confesonario, y al retirarme yo de allí acercóse un hombre de blusa en ademán de querer confesarse, y el Siervo de Dios le dijo: "Arroja ese puñal;" y, efectivamente, aquel hombre arrojó el arma que llevaba escondida, pidiendo perdón al Sr. Claret. De este hecho fui testigo presencial (2). En el proceso instruido para introducir la Causa de beatificación del Siervo de Dios, D. P. Currius declaró también el hecho anterior, junto con otro no menos portentoso.

"Una vez, —dijo,— se presentó un hombre en ademán de querer confesarse, y el Siervo de Dios le abrazó estrechamente contra su corazón con la mayor dulzura y afecto. Preguntóle si quería confesarse, y aunque él lo negara por el momento, el resultado fué que se confesó con mucha contrición.

(1) Declaración de D. Antonio Barjau.

(2) Declaración del Excmo. Sr. D. Melchor Beltrán. Ad art. 59.

„En otra ocasión se pusieron debajo del púlpito unos asesinos con intención de matarle al bajar de él; y fué tanta la gracia que recibieron del sermón, que acabando él de predicar se sintieron mudados hasta el punto de que en lugar de realizar sus designios, quisieron confesarse con el mismo Siervo de Dios (1).„

Vivía en aquella misma época en Madrid (1865 ó 66) un hombre casado que, separado de su legítima esposa, estaba hacía unos catorce años amancebado con una mala mujer, con ofensa del Señor y escándalo de los que le conocían. Por su buena suerte asistió la última á los sermones del santo Arzobispo, y se sintió interiormente tan herida con los amorosos toques de la divina gracia, que fué á encontrar al Siervo de Dios, y después de explicarle sus extravíos, le preguntó qué había de hacer para salvar su alma. Como era natural, el Padre Claret le respondió que lo primero separarse de la mala compañía con quien hacía vida común, y luego hacer una confesión general de todos sus pecados y ser en adelante una buena cristiana para reparar los escándalos que había dado. La arrepentida penitente prometió al Siervo de Dios dar exacto cumplimiento á sus consejos, y se confesó con él, derramando muchas lágrimas de compunción y dolor. El mismo día mudó de domicilio y se despidió de su cómplice con estas ó semejantes palabras: "Quiero salvar mi alma y, por lo tanto, me separo de ti; de otra manera los dos nos condenamos." Quiso el hombre impuro detenerla con ruegos y amenazas; mas viendo que todo era inútil, "¿quién es, —le dijo airado,— el pícaro que te ha dado ese consejo? — He oído, —respondió ella,— los sermones del P. Claret, y he visto con claridad que tú y yo nos perdemos para siempre si no nos separamos; no quiero vivir más encenagada en el vicio. — ¡Cómo! ¿El P. Claret? Yo me vengaré, — repuso aquel hombre ciego de furor.„

Inmediatamente concibió el proyecto de quitar la vida al celoso Prelado con la astucia diabólica de fingirse enfermo de gravedad, haciéndole llamar, con el pretexto de confesarse con él, por un compañero suyo á quien comunicó el perverso plan y pidió le ayudase á ejecutarlo. Tomaron, al efecto, un cuartucho principal en una de las más apartadas calles del

(1) Declaración de D. Paladio Currius. Ad art. 25.

barrio de la Inclusa, púsose el deshonesto y vengativo en cama, fingiéndose gravemente enfermo, y su compañero dió aviso al Arzobispo de que quería confesarse con él cuando el reloj señalaba ya más de las diez de la noche. Á pesar de la hora intempestiva, el Sr. Claret y su capellán, acompañados del hombre misterioso, fueron á casa del que disimulaba quererse confesar. Llegados á ella se determinó que, en atención á lo reducido del local, subiera sólo el confesor, quedándose en la calle el capellán del Siervo de Dios y el amigo del fingido enfermo. Aún no habían pasado cinco minutos, cuando se oyó la voz del P. Claret que, con doloroso acento, decía: "Suban ustedes;," y habiéndose apresurado á subir los dos que se habían quedado fuera, añadió el Sr. Arzobispo: "Me han llamado para confesar á un enfermo, y lo que hay en la cama es un cadáver. — ¡Cómo! — replicó asustado el compañero del supuesto enfermo, — ¿ha muerto? — Sí: entren ustedes, — respondió el P. Claret.," Y habiendo entrado en el cuarto el cómplice y el capellán, vieron con asombro el cadáver con un puñal en la mano. Estimulado el amigo del difunto por los remordimientos de la conciencia, que no le dejaba sosegar, y por la voz de Dios que había herido de muerte al criminal, se echó á los pies del Arzobispo suplicándole no le descubriese ni á él ni al compañero; contóle el inicuo proyecto que habían formado de asesinarle, y le pidió perdón con muchas lágrimas. El Siervo de Dios le dijo: "Yo no los descubriré á ustedes, y á ti con toda mi alma te perdono; pero me quedo con la libertad de publicar el suceso para escarmiento de los malos, y tú aprovechate de esta lección y medita los castigos que Dios envía á los perversos.,"

Este caso terrible lo refirió el P. Claret á varias personas, y lo contó en un sermón predicado en la Catedral de Vich, aunque sin nombrar á los interesados, por no faltar al secreto prometido.

Los enemigos de la Religión y de la Patria no cesaban de conspirar en el seno de las logias contra la vida del Siervo de Dios. Con fecha 20 de Mayo de 1865 escribía desde Madrid D. Carmelo Sala al Superior General de nuestra Congregación la posdata siguiente: "Después de escrita ésta he recibido la de Ud.; procuraré ponerle al corriente de lo que ocurra. He pasado unos días muy angustiosos, pues además de los

motivos generales de alarma tenía el especial de que una persona fidedigna logró por tres veces oír lo que se trataba en una de esas juntas infernales, donde se tramaban las revoluciones, y entre otras cosas una de ellas era el día del golpe quitar la vida á nuestro amado señor; por eso yo no tenía momento de reposo.," Estos temores del capellán del Siervo de Dios no eran infundados. Por aquellos mismos días recibió el P. Claret una caja muy bien aderezada, y al abrirla hallaron dentro de ella un cadáver con un papel que decía: "Como éste has de ser tú dentro de poco (1).," No se asustaba por estas amenazas el Siervo de Dios, ni dejaba por ellas de cumplir con el mismo celo y actividad de siempre todos sus deberes apostólicos, y ni siquiera tomó en su virtud precaución alguna para evitar el puñal de sus enemigos, antes, quitado lo que en estos proyectos había de ofensa de Dios, su corazón se regocijaba y daba saltos de alegría con la esperanza de consumar el martirio y de arrebatar la suspirada palma, que en Holguín se le había escapado de entre las manos.

El 22 de Junio de 1866 estalló en Madrid una revolución, en la cual, según parece, el santo Arzobispo había de ser también asesinado. Él mismo atribuyó á un milagro el no haber muerto á manos de los revolucionarios. He aquí cómo el Siervo de Dios daba cuenta de aquel movimiento el 29 de aquel mismo mes en uno de sus papeles reservados: "El Señor nos ha librado de la muerte. En esta plazuela (la de Antón Martín, á que daba su habitación) había cinco barricadas, una en cada embocadura de calle; hasta los bancos de la iglesia sacaron y pusieron delante de las mismas barricadas. Yo me fuí al camarín de la Virgen y allí estuve hasta que triunfó el orden, que serían las cinco de la tarde. Ofrecí mi vida al Señor y estuve siempre muy tranquilo, y me parece que habría sido para mí mejor el morir que el tener que vivir presenciando lo que pasa y pasará: los entendimientos están confusos y los corazones corrompidos; los que no tienen bienes están para echarse sobre los que los poseen. Es verdad que se han hecho muchas prisiones, pero ¿quién castiga á estos presos? Si Jesús se dignara decir, como dijo á los acusadores de la adúltera, de que habla el Evangelio, que quien sea inocente eche

(1) Declaración de las Hermanas religiosas de Loreto de Madrid.

la primera piedra, estoy seguro de que esta adúltera sociedad quedaría sin castigo, pero no corregida. Los hombres están ciegos y voluntariamente ciegos, y así dentro de poco vendrán otros mayores males; la guerra, la peste y el hambre son los azotes que Dios va á mandar sobre España, la Europa y el mundo entero, si alguno no detiene el brazo de su justicia. *Mundus totus in maligno positus est.* ¡Terrible profecía, que se cumplió á la letra á los dos años!



## CAPÍTULO IX

### DEL BIEN QUE HIZO EN LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

1. Idea general. — 2. El Conde de Isla y Marqués del Arco. — 3. D. Bienvenido Monzón, Arzobispo de Granada. — 4. La Vizcondesa de Jorbalán ó la Madre Sacramento. — 5. Primera carta del Siervo de Dios á la Vizcondesa. — 6. La consuela en la muerte del P. Carasa y empieza á dirigirla. — Consejo del Padre Claret sobre una niña. — Envenenamiento de la Vizcondesa descubierto por el P. Claret. — 7. Varios documentos sobre la dirección espiritual de la Madre Sacramento. — Tres cartas importantísimas del P. Claret. — Nochebuena en el Colegio de la Vizcondesa. — Visión del P. Claret. — Descubre á la Fundadora de las Siervas de Jesús los designios que el Señor tenía sobre ella

1. Fuera de todo punto imposible enumerar las personas de distinción y más señaladas por su virtud ó por sus obras de celo á quienes dirigió en el espíritu el Siervo de Dios, y mucho menos ir siguiendo paso á paso los progresos que en la perfección hicieron encaminadas con la celestial prudencia que distinguía al P. Claret. Apenas se hallarán personas de mediana virtud que, viviendo por entonces en Madrid, no tratasen con el P. Claret los negocios de su alma. Todavía existen en esta coronada villa algunas personas que, desde el elevado puesto que ocupan, dan admirables ejemplos de virtud á los que los rodean y que confiesan que lo poco bueno que en sí tienen lo deben á la dirección del P. Claret. Entre otras muchas podría citar á la Excma. Sra. Condesa de Villalobos (1), modelo de matronas cristianas y madre del cristiano y caballeroso Marqués de Cerralbo; al Excmo. Marqués del Arco y Conde de Isla, que sin ruido ni vanidad alguna ha llevado á cabo costosas obras de piedad y celo en Segovia y

† (1) Poco después de escritas las anteriores líneas pasó la señora Condesa á mejor vida, asistida del Rdo. P. Superior de nuestra Residencia de Madrid.